



Sergio Ramírez



LOS TESOROS DE UN VIEJO ARMARIO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN





LOS TESOROS
DE UN VIEJO ARMARIO





LOS TESOROS
DE UN VIEJO ARMARIO

Sergio Ramírez

Doctor honoris causa
UANL

Septiembre de 2018

Universidad Autónoma de Nuevo León



Rogelio G. Garza Rivera

Rector

Santos Guzmán López

Secretario General

Celso José Garza Acuña

Secretario de Extensión y Cultura

Antonio Ramos Revillas

Director de Editorial Universitaria

© Universidad Autónoma de Nuevo León

© Sergio Ramírez

Padre Mier No. 909 poniente, esquina con Vallarta. Monterrey,
Nuevo León, México, C.P. 64000.

Teléfono: (5281) 8329 4111 / Fax: (5281) 8329 4095.

e-mail: editorial.uanl@uanl.mx

Página web: editorialuniversitaria.uanl.mx

.....
Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra -incluido
el diseño tipográfico y de portada-, sin el permiso por escrito del
editor.
.....

Impreso en Monterrey, México.

Printed in Monterrey, Mexico



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



CASA UNIVERSITARIA DEL LIBRO

EDITORIAL UNIVERSITARIA UANL



Cuenta Rubén Darío en su autobiografía, que en un viejo armario de la casa solariega donde pasó su infancia en León, la vieja capital colonial de Nicaragua, encontró los primeros libros que habría de leer en su vida. Tenía diez años de edad. “Eran un *Quijote*”, dice, “las obras de Moratín, *Las mil y una noches*, la Biblia; *Los oficios*, de Cicerón; la *Corina*, de Madame Staël; un tomo de comedias clásicas españolas, y una novela terrorífica de ya no recuerdo qué autor, *La caverna* de Strozzi. Extraña y ardua mezcla de cosas para la cabeza de un niño”.

¿A quién pertenecían los libros del viejo armario?

Su tío abuelo, el coronel Félix Ramírez Madregil, y quien le daba cuidados de pa-



dre, era un antiguo combatiente del ejército unionista centroamericano del general Francisco Morazán. En su casa se reunían, en tertulias vespertinas, cabecillas liberales que de cuando en cuando se alzaban en armas contra la oligarquía conservadora; intelectuales masones, y poetas románticos.

La esposa del coronel, doña Bernarda Sarmiento, aunque católica practicante, era mujer de ideas libertarias y algo conspiradora, y no faltaba a aquellas reuniones, según recuerda Rubén: “Por las noches había tertulia, en la puerta de la calle, una calle mal empedrada de redondos y puntiagudos cantos. Llegaban hombres de política y se hablaba de revoluciones. La señora me acariciaba en su regazo. La conversación y la noche cerraban mis párpados...”

Lo más probable es que la dueña de esos libros fuera ella, lectora empedernida: “sentada durante el día en su cómoda butaca de madera con forro de cuero en el fresco corredor de su casona, o a la orilla de la mesita de su sala, en la que arde una lámpara de gas, durante la noche, la veían



constantemente amigas y vecinos, entregada de lleno a la lectura del libro que tenía entre sus manos...”, anota Edgardo Buitrago.

Si aquella era una extraña y ardua mezcla para su cabeza de diez años, sin duda se leyó, sino todos, al menos la mayoría de los libros del armario, aunque no nos cuenta por cuál de ellos empezó. Había aprendido a leer a los tres años de edad, y recuerda que lo hacía en el patio enclaustrado de la casa, bajo las ramas de un gran jícaro (*Crescentia cujete*).

Aun adolescente le dieron un puesto en la Biblioteca Nacional, recién abierta en Managua con tres colecciones: una de clásicos españoles, escogida en Madrid por don Emilio Castelar (1823-1899) bajo encargo del gobierno de Nicaragua; otra de obras francesas gestionada por el cónsul de Nicaragua en París, Desiré Pector; y otra de griegos y latinos: “Allí pasé largos meses leyendo todo lo posible y entre todas las cosas que leí ‘*ihorrendo referens!*’ fueron todas las introducciones de la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneira, y las principales obras de casi todos los clásicos de nuestra lengua”, dice.



Pero regresemos al viejo armario. Seguramente, tras la sorpresa del hallazgo, hizo una discriminación previa, como cualquier lector que tiene frente a sí una escogencia variada, metiéndose a ver de qué se trataba cada uno de los libros, para empezar por lo más atractivo.

Si se trataba de prender la imaginación de un niño, no es probable que haya comenzado por *Los oficios* de Cicerón (106 a.C.- 43 a.C.). Tampoco por las obras de Leandro Fernández de Moratín (1760-1828), recordado sobre todo por *El sí de las niñas*.

Más atractiva debió serle *La caverna* de Strozzi, escrita en 1798 por Jean-Joseph Regnault-Saint Warin (1773-1844), y traducida al español en 1826. Es una novela del género gótico, con su cauda de fantasmas y castillos embrujados, un género al que Edgar Allan Poe (1800-1849) daría todo su peso y valor durante la época victoriana.

Rubén encontró en aquella novela tremebunda un eco de las historias que entonces oía contar: “La casa era para mí te-



merosa por las noches. Anidaban lechuzas en los aleros. Me contaban cuentos de ánimas en pena y aparecidos, los dos únicos sirvientes: la Serapia y el indio Goyo. Vivía aún la madre de mi tía abuela, una anciana, toda blanca por los años, y atacada de un temblor continuo. Ella también me infundía miedos, me hablaba de un fraile sin cabeza, de una mano peluda, que perseguía, como una araña...”

A este ámbito pertenecen también otras historias escuchadas por aquel niño sensible, en un ambiente que se prestaba para las consejas de sepulcros y espectros, de modo que no es difícil establecer las relaciones tan típicas que crean las lecturas infantiles entre lo vivido, lo oído y lo leído; tanto que, después, en el recuerdo, pasarán a pertenecer a la misma dimensión, y serán capaces de intercambiarse papeles en la memoria.

En su cuento “La larva”, contado de manera autobiográfica, relata que, una noche, se escapó de la vigilancia férrea de su tía abuela para acompañar a unos enamorados a poner serenatas. Al pasar por la plaza de la



Catedral vio a una mujer sentada en una acera, arropada en un rebozo. Mientras los de la serenata se alejaban, se quedó atrás con propósitos libidinosos, sin importarle que aquella desconocida fuera joven, vieja, mendiga, o loca... tanto era su encierro obligado, lejos de la “celeste carne”:

“Cuando ya creía lograda la victoria, aquella figura se volvió hacia mí, descubrió su cara, y ¡oh espanto de los espantos! aquella cara estaba viscosa y deshecha; un ojo colgaba sobre la mejilla huesona y saniosa; llegó a mí como un relente de putrefacción. De la boca horrible salió como una risa ronca...”

La caverna de Strozzi hizo alguna mella en él, emparentándolo con la literatura gótica, pero no fue un libro que en términos literarios le resultara memorable, desde luego que hasta olvidó el nombre de su autor; en tanto sí exaltó el genio de Poe, a quien dedicó uno de sus ensayos en *Los Raros*.

Corina, o Italia, es una novela de la Baronesa de Staël Holstein, conocida por su



nombre de pluma Madame de Stäel (1766-1817), que tuvo encontronazos célebres con Napoleón Bonaparte, y quien terminó desterrándola. *Corina* fue publicada en Francia en 1807, cuando Italia, que sirve de escenario a la novela, era territorio privilegiado de la literatura romántica, como Inglaterra lo era de la novela gótica, y se tradujo en España diez años después.

Rubén no volvió nunca a Madame de Stäel, que no aparece en su santoral de escritores franceses, y se ocupó poco de la literatura romántica, ya caduca frente a la insurgencia del modernismo, la escuela que creó, y que se amparaba en el simbolismo. Sin embargo, en “La canción de los pinos” dirá:

Románticos somos...

¿Quién que Es, no es romántico?

Y, de todos modos, ese romanticismo vendrá a expresarlo en su afición al oriente, que deviene de sus lecturas de *Las mil y una*



noches, uno de los libros del viejo armario, de tanta influencia en él que no pocos de sus primeros poemas serán largos cuentos orientales en verso, como *Alí*, y también *La cabeza del Rawí*. Acuñó, además, la palabra *miliunanochesco* para designar lo maravilloso y extraordinario, igual que tomó del francés feérico, para todo lo que parecía un cuento de hadas.

La versión de *Las mil y una noches* a la que recurre siempre es la del doctor Joseph Charles Mardrus (1868-1949), publicada en París en 1889. La tradujo al español Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928), novelista valenciano de mucho éxito en su época.

Pero, según el estudioso dariano Günther Schmillage, la que seguramente se hallaba en el armario es una traducción de don Juan de Olivares, de la versión alemana de Gustav Weil (1808-1889), y que fue publicada en dos volúmenes en Barcelona entre 1858 y 1859, “con 1600 dibujos de los mejores artistas”.

Si el oriente de misterios y milagros de *Las mil y una noches* despertó en Rubén su amor por lo exótico y lejano, también mar-



có su temprana entrada al erotismo. En su autobiografía dice:

“En cuanto a mi imaginación y mi sentido poético, se encantaban en casa con la visión de las turgentes formas de mi prima, que aún usaba traje corto; con la cigarrera Manuela, que manipulando sus tabacos me contaba los cuentos del príncipe Kamaralzaman y de la princesa Badura, del Caballo Volante, de los genios orientales, de las invenciones maravillosas de *Las mil y una noches*”.

La Biblia de su infancia se conserva en el museo que es ahora la casa donde vivió. Es una edición en latín y español en diez tomos, de los que falta el último, impresa en el año de 1858 por la Librería Española de Madrid; fue traducida de la vulgata latina por don Felipe Scío de San Miguel “conforme el sentido de los santos padres y expositores católicos”.

Es con fascinación y asombro que, a la sombra del jícara, en la soledad del patio, debe haber leído aquellos libracos de letra apretada, pródigos en maravillas y portentos. No podría dejar de impresionarse, por



ejemplo, en el libro del Génesis, que “en el año seiscientos de la vida de Noé, en el mes segundo, a los diecisiete días del mes, aquel día fueron rotas todas las fuentes del grande abismo, y las cataratas de los cielos fueron abiertas, y hubo lluvia sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches”.

Líneas abajo, el diluvio universal queda explícito: “Quince codos más alto subieron las aguas, después que fueron cubiertos los montes. Y murió toda carne que se mueve sobre la tierra, así de aves como de ganado y de bestias, y de todo reptil que se arrastra sobre la tierra, y todo hombre...”.

Son visiones conseguidas con precisión descriptiva, que a un niño no dejarán de perseguirlo en sueños, y su mente quedará turbada con la soledad de los sobrevivientes, y el horror de saber que toda vida humana, salvo la de unos pocos, desapareció bajo las aguas encrespadas.

Rubén descubrió *El Quijote* en el viejo armario, y cayó bajo su encantamiento sin arredrarse ante su número de páginas. A lo largo de su vida volvería a él, y ya nunca



abandonaría el mundo de Cervantes, que se convierte en un modelo suyo, literario y vital, según su soneto:

...Él es la vida y la naturaleza,
regala un yelmo de oros y diamantes
a mis sueños errantes.
Es para mí: suspira, ríe y reza...

Cervantes sabe, como Rubén, que hay dos piedras que es necesario frotar para producir un deslumbrante chisporroteo: la del mundo cotidiano, el mundo natural, y la del mundo inventado; ambos, bajo su apariencia inocente, están llenos de vida, de risa, y de drama. Cervantes conoce el mundo natural porque vive en él, no como recluso, sino como protagonista; y es lo que encanta a Rubén.

Mundo de encantadores y dañados de la cabeza donde no faltan las cofradías de ladrones celosos del honor, busconas y celestinas, pícaros de cocina, vendedores de oraciones de poder infalible, cómicos de la



legua, monos adivinos originales de la Berbería que tienen concierto con el demonio y por eso conocen las vidas ajenas, estudiantes de fondillos rotos y habla espesa de latines, tinterillos lenguaraces, alguaciles corrompidos, frailes pecadores, fregonas de alcurnia, y damas famosas que crían puerocos y huelen a cebolla, pero sólo porque su belleza ha sido trastocada en fealdad por la mano perversa de los magos.

Es “en las cosas de todos los días”, y en el misterio que se haya siempre debajo de lo cotidiano, donde Rubén encuentra a Cervantes, como escribe en las Letanías de Nuestro Señor Don Quijote:

Escucha, divino Rolando del sueño,
a un enamorado de tu Clavileño,
y cuyo Pegaso relincha hacia ti;
escucha los versos de estas letanías,
hechas con las cosas de todos los días
y con otras que en lo misterioso vi...



Gracias al tesoro encontrado en el viejo armario empezó a leer desde entonces, con avidez y para siempre, la Biblia, *El Quijote*, y *Las Mil y una noches*, pues nos hablará de ellos una y otra vez en sus poemas, en sus crónicas y en sus cuentos. Se quedó a vivir en sus páginas.





Sergio Ramírez. (Masatepe, Nicaragua, 1942). Su novela *Castigo divino* (1988) obtuvo el Premio Dashiell Hammett en España, y el Independent Press Award, Nueva York, 2017. La siguiente, *Un baile de máscaras*, ganó en Francia el Premio Laure Bataillon a la mejor novela extranjera en 1998. *Margarita, está linda la mar* ganó el Premio Alfaguara en 1998, además del Premio Latinoamericano José María Arguedas, otorgado por Casa de las Américas en Cuba.

Otros de sus libros son *Mentiras verdaderas* (ensayos sobre la creación literaria, 2001); los volúmenes de cuentos *Catalina y Catalina* (2001), *El reino animal* (2007), y *Flores oscuras* (2013); así como las novelas *Sombras nada más* (2002), *Mil y una muertes* (2005), *El cielo llora por mí* (2008), *La fugitiva* (2011), que obtuvo el premio Bleu Metropole en Montreal, Canadá, en 2013, *Sara* en 2015. La última de ellas es *Ya nadie llora por mí* (2017).

También ha publicado sus memorias de la revolución sandinista, *Adiós muchachos* (1999). Bajo el sello del Fondo de Cultu-



ra Económica han aparecido sus *Cuentos completos* en 2014. La Editorial Universitaria de la Universidad Autónoma de Nuevo León ha publicado *Historias para ser contadas*, sus artículos de prensa reunidos (2012); y el mismo año *Cita con Sergio Ramírez*, texto biográfico de Karly Gaitán.

Premio Iberoamericano de Letras José Donoso por el conjunto de su obra literaria (Chile, 2011). Premio Internacional Carlos Fuentes a la Creación Literaria en Idioma Español (México, 2014). Premio Miguel de Cervantes (España, 2017). Premio Juan Crisóstomo Doria (Universidad de Hidalgo, 2018).

Su obra ha sido traducida a más de quince idiomas.

Profesor visitante de la Universidad de Harvard. Ha recibido la Beca Guggenheim, lo mismo que la Orden de las Artes y las Letras de Francia, la Cruz al Mérito, de Alemania; y la Orden Isabel la Católica de España. Doctor honoris causa de la Universidad Blas Pascal, Francia (2010), de la Universidad de Chile (2017), y de la Universidad Autónoma de Nuevo León (2018).



Miembro de número de la Academia Nicaragüense de la Lengua, y correspondiente de la Real Academia Española. Miembro del Patronato del Instituto Cervantes. Miembro del Consejo Rector de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano Gabriel García Márquez. Presidente del encuentro de escritores Centroamérica Cuenta, y director de la revista electrónica *Carátula*.





Los tesoros de un viejo armario, de Sergio Ramírez, terminó de imprimirse en septiembre de 2018, en los talleres de la imprenta Universitaria de la UANL. En su composición se utilizaron los tipos Georgia, 8, 12, 13 y 14. El cuidado de la edición estuvo a cargo de la Editorial Universitaria. Formato interior y diseño de portada de Claudio Tamez Garza. Ilustraciones de portada y de guardas: Alejandro Esparza.





